

## PRESENTACIÓN

“...sed magis amica veritas”. Con esta puntualización, el dicho clásico pone en sus límites, en su sitio la amistad con el hombre sabio, aunque éste sea Platón. Me atrevo a conjeturar que tal advertencia no ha resultado nunca del todo clara y necesaria para Rafael Alvira, y no lo digo por su conocida preferencia intelectual por el Fundador de la Academia. Lo digo porque su genuino socratismo siempre le ha llevado a reconocer que el único camino fiable hacia la sabiduría es el diálogo con los amigos que también lo son de ella.

Y el caso es que si hacer de la amistad un camino de la filosofía ha sido algo sencillamente obvio y natural para Rafael Alvira, que se pueda hacer de la filosofía una fuente de amistad ha sido un magnífico descubrimiento para sus amigos. La amistad con quien hace de ella un cultivo de la filosofía, no puede sino convertir a los amigos de aquél en amigos de la filosofía. ¿Qué clase de antagonismo, divergencia o desacuerdo entre amistad y verdad puede encontrar el que sabe hacer la amistad verdadera y la verdad amistosa?

Dice Aristóteles –y que me perdone el Prof. Alvira, que seguramente preferiría que hubiese sido Platón– que “con amigos los hombres están más capacitados para pensar” ¿Es que, al final, Rafael Alvira va a resultar más aristotélico que platónico? Quizá se trata de que el antiguo discípulo de Platón no se separó tanto del maestro de este último. Sin duda, esta segunda hipótesis será más del agrado de Rafael Alvira y, por esta razón, la daremos aquí por buena. Lo que está claro –lo que *también* está claro– es que si Aristóteles está en lo cierto, el número y calidad de los amigos

del Prof. Alvira— y a pesar de que entre ellos se cuenta el que suscribe— dice mucho de su capacidad de pensamiento.

Una capacidad que no sólo ha desplegado respecto de muchos de los temas más complejos y neurálgicos de la filosofía académica, sino también —y con una especial lucidez, viveza y fuerza de sugestión— respecto de cuestiones cercanas y cotidianas, que forman parte de nuestra existencia más real e inmediata y que, por ello mismo son profundamente humanas. Saber ver el profundo sentido humano de aquello con lo que nos rozamos casi a diario; penetrar en lo que para otros pasa inadvertido a fuerza de tenerlo delante de los ojos, y sacar a la luz las profundas verdades que se contienen en las cosas que hacemos y de las que hablamos casi sin darnos cuenta, ha sido, es y seguro que seguirá siendo una de las facetas más admirables del pensar de Rafael Alvira, y el mejor sello de la autenticidad de su condición de filósofo.

Si grandes son sus cualidades, más grande es el derroche que ha hecho de ellas. Somos muchos los que nos hemos beneficiado de su saber en las aulas y fuera de ellas; los que hemos sido destinatarios de su atención y de su tiempo; los que hemos recogido el fruto de su acierto para estar en lo que tiene trascendencia y en los detalles más pequeños. No es Rafael Alvira de los que guardan sus dotes para disfrutarlas a solas, ni de los que calculan minuciosamente a quiénes compensa ofrecérselas. También en esto no puede ser mayor su sintonía con Aristóteles, quien se pregunta retóricamente: ¿de qué sirve esta abundancia de bienes sin la oportunidad de hacer el bien, que es la actividad más practicada y más laudable respecto de los amigos?” Tampoco para Rafael esta pregunta necesita respuesta.

Es mucho el tiempo y esfuerzo que generosamente ha dedicado al desempeño de cargos y responsabilidades de gobierno y organización en diversas instituciones, especialmente en la Universidad de Navarra, que también en este sentido le debe mucho. Y si hubiera que destacar un solo rasgo de su consumado estilo en el complejo arte de gobernar, creo que no podría ser otro que el ver siempre personas antes que procesos y estructuras, por mucho que, especulativamente, haya prestado prolongada atención a su elaborada teoría de los “subsistemas sociales”.

En su amplia y sugerente filosofía social, pocos temas tienen un lugar tan destacado como la familia, la casa, y el habitar como “trascendental” del existir humano. Son temas de incuestionable sustancia teórica y relevancia práctica, y cuya presencia en el pensamiento de Rafael Alvira tiene indudables raíces biográficas. Pero, de todas formas, no deja de llamar la

atención que estos temas hayan persistido con toda su pujanza y atractivo en la mente de quien ha recorrido medio mundo, de quien ha sido –y sigue siendo, me temo– un viajero infatigable, de quien, por decirlo así, y exagerando un poco, “no ha parado en casa”. Quizá la explicación se encuentre en que es él el que sabe estar “en casa” en cualquier lugar al que llega; en que es él el que convierte en “casa” cualquier punto del globo. Y como – en sus propias palabras– “la casa es el lugar al que se vuelve”, para él llegar es siempre volver, y, de hecho, suele volver allá adonde llega. Y quizá sea ésta también la explicación de por qué resulta tan fácil para los demás sentirse con él “como en casa”. Rafael Alvira es un alma cosmopolita con corazón hogareño.

En las páginas que siguen se recogen los trabajos que un buen número de colegas, discípulos y amigos hemos querido publicar como homenaje a su trayectoria profesional y a su calidad humana, y como testimonio de nuestra estima y de nuestro agradecimiento hacia él. Ciertamente, no están todos los que son, pues algunos, aunque también han querido, no han podido, muy a su pesar, estar presentes con sus trabajos, pero lo están con el deseo, sincera y cordialmente. Como es lógico, son trabajos muy diversos en sus temas y enfoques. Algunos versan sobre cuestiones de las que también se ha ocupado el Prof. Alvira. Otros, sobre temas que han sido objeto de conversaciones con él, o de exposiciones orales que han contado con su presencia y con sus aportaciones, y que ahora se presentan de forma más precisa y madura. Todos materializan el esfuerzo por convertir el buen hacer académico en expresión de gratitud.

No es bueno ambicionar honores, y no hay duda de que nuestro homenajeado no es de esos que los persiguen y los echan en falta. Pero tampoco conviene despreciarlos en exceso, porque, como advierte Santo Tomás, “el que desprecia la honra hasta el punto de despreocuparse de hacer aquello que la merece, es digno de vituperio”. Tampoco es éste, obviamente, el caso de Rafael Alvira. Lo que con tanto esfuerzo y constancia ha hecho, llevándolo a cabo al mismo tiempo con la naturalidad y sencillez de quien, en el fondo, no sabría obrar de otro modo, bien merece hoy la honra que no fue motivo de hacerlo. Y aceptar –un tanto resignadamente– la honra que, en esta ocasión, le tributamos, es algo que, sin duda alguna, también le honra. Como tantas veces le hemos oído decir, gobernar es saber hacer excepciones.

A Rafael Alvira, catedrático, maestro, filósofo, amigo: Gracias.